

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Estudios Históricos, por don A. Pirala.—Vanidad (poesia), por don Carlos Frontaura.—La Sultana Tulipia, por doña Joaquina Garcia Balmaseda.—Estudios Biográficos: Atenais, por doña Juana de Olivares.—Teatros.—Modas.—GRABADO: Pliego de Dibujos.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

SUSANA.

HEROISMO DE LA VIRTUD.—JOAQUIN Y SU ESPOSA.—DOS JUECES ANCianos.—SU PASION CRIMINAL.—ACUSACION INFAME CONTRA SUSANA.—ES CONDENADA A MUERTE.—EL JÓVEN PROFETA DANIEL.—TRIUNFA LA VIRTUD DE SUSANA.—SON CASTIGADOS SUS ACUSADORES.—OBSERVACIONES.



TRO episodio notable, que no podemos omitir, nos presenta la historia de la cautividad de los judíos, de esa emigracion en que de una manera tan terrible espí sus faltas todo un pueblo. Lo mismo que los individuos, sufren las naciones el castigo de sus culpas.

Gran virtud es la castidad, que tiene tambien sus mártires, como la calumnia sus víctimas.

Bello es llegar á la pureza de los ángeles, á pesar de los estímulos que no sienten y de la fragilidad que no conocen; glorioso tener el ánimo cerrado al temor, y salvar el honor, aun con peligro de la reputacion, tesoro el mas rico despues de una conciencia pura; pero vencer el vicio y las amenazas, ir á la muerte con toda la sublimidad de una virtud desco-

nocida, con toda la vergüenza de una deshonra, cierta en la apariencia; soportar el peso de tanta desgracia sin humillacion, es el supremo esfuerzo del heroismo.

Y cuando tal heroismo se manifiesta en criaturas en que Dios parece haber colocado el encanto de las gracias y el sentimiento, como por compensacion y escusa á la debilidad, se reviste, con esa mezcla de magnanimidad y de gracia, de proporciones superiores, que imponen una afectuosa veneracion.

La justicia de Dios es siempre grande, magnífica; imcomprensible muchas veces en su principio, por lo que ocasiona la duda en las almas débiles. Así pone límite á la perversidad humana, agitando en secreto á los opresores. Una luz inesperada destierra á veces su trágica oscuridad, y confundidos, espían la fortuna de un día con la maldicion de los siglos.

Esta ley, terror de los malvados y seguridad de los buenos, se halla consignada de una manera elocuente en la historia de Susana, ilustre ejemplo de las pruebas que fatigan la virtud, y de los triunfos que la están reservados.

Joaquin, uno de los israelitas desterrados en Babilonia, tenia una mujer de gran belleza y mayor virtud, llamada Susana, significado de azucena, nombre impuesto al nacer por sus gracias infantiles, y cuya eleccion justificó la belleza de su alma y su acendrada virtud.

Inculcados en su tierno corazon los sentimientos de religion y de justicia, conservó siempre el santo temor de Dios y el respeto de su ley: dichosos frutos de una buena educacion, dulces riquezas que son el mejor patrimonio de los hijos, y la mas bella recompensa de la solicitud de los padres y maestros.

Las riquezas de Joaquin las empleaba en aliviar

la triste suerte de sus compatriotas, socorriendo sus necesidades. Franqueada su casa para administrar justicia, única imagen de la patria que les dejó la política del conquistador, el tribunal judío se componía, como en los días felices de Israel, de los ancianos. Tocó un año ser jueces á dos, de quienes Dios ha dicho:—«La iniquidad se ha manifestado en Babilonia: ancianos estravian al pueblo en vez de conducirlo.»

Vieron un día á Susana estos dos jueces y se apasionaron de ella, ocultándose mutuamente esta pasión por vergüenza; porque hasta en su caída conserva el alma un resto de pudor por donde puede alzarse. Pero en vez de combatirla para tener esa inmensa gloria de vencerse á sí mismo, la alimentaban en secreto, y buscando cada uno ocasión de hallarse con Susana, se encuentran los dos jueces, é indispensable una explicación, se descubren su secreto.

Saltada la única barrera que les contenía, conciertan su crimen, espían á Susana; baja ésta un día al jardín acompañada de dos doncellas, las despide al irse á bañar, y después de preparar las esencias, los aromas y perfumes, y al verla sola, salen los malvados de su escondite; en vano tratan de convencerla, y la amenazan con declarar públicamente que había con ella un mancebo, y que por eso había despedido á sus doncellas.

Susana dijo entonces suspirando:

—Por todas partes me oprimen las angustias; porque obedeceros es mi muerte; resistiros, esponerme á vuestro furor. Pero prefiero arrostrarle inocente, á deshonrarme ante Dios.

Pidió socorro, y viéndose vencidos los ancianos, gritaron á su vez y acusaron cobardes á la casta Susana. La hacen comparecer ante el tribunal: se presenta acompañada de sus padres, de sus hijos, y de toda su familia. Cuantos la conocían la creen inocente, y derraman lágrimas de dolor.

Ella con una modestia igual á su belleza, tenía cubierto el rostro con un velo; se le hicieron quitar los viejos, y levantándose, estendieron sus manos sobre la cabeza de Susana, en señal de juramento de decir verdad. Susana fija llorando su vista en el cielo, testimonio incontestable de la inocencia, y última esperanza de la virtud infortunada.

La acusan los ancianos urdiendo una fábula infame, siendo á la vez testigos, acusadores y jueces; y era tanto el respeto que se tributaba á la ancianidad entre los israelitas, y estaba el pueblo tan lejos de sospechar en sus jueces tan indigno abuso de su sagrado ministerio, que Susana fué declarada culpable, y condenada á muerte conforme á la ley hebrea, que

con tanto rigor velaba por el respeto del lazo conyugal y la pureza de la familia, como base de las buenas costumbres domésticas, espejo en el que se reflejan siempre las públicas.

El silencio fué la única prueba que supo dar Susana de su inocencia. Ante aquella malvada acusación, quedó desconcertada su virtud, y solo rompió el silencio para esclamar:

—¡Dios eterno, que todo lo penetrais, bien sabéis que es falso el testimonio dado contra mí, y que muero inocente de tan infame acusación.

No podía el Señor desatender tan justa plegaria, y el jóven profeta Daniel fué su instrumento. Hizo que se abriera el juicio, se separase á los acusadores, para examinarlos él, y dijo al primero:

—Si Susana es criminal, ¿bajo qué árbol la has visto hablar con su cómplice.

—Bajo un lentisco, contestó.

Compareció el segundo anciano, y á la misma pregunta respondió:

—Bajo una encina.

Tamaña contradicción demostró la iniquidad, y el pueblo indignado pidió contra los ancianos acusadores, á quienes Daniel acababa de juzgar por su propio testimonio, la pena que, según la ley de Moisés, les correspondía, la misma que habían impuesto á Susana.

Bendicen todos á Dios, en quien los aflijidos jamás ponen en vano su confianza, y le dan gracias mas que por haber salvado una vida inocente por el honor de Susana.

Tal fué el interesante episodio en que Susana legó al mundo su nombre, rodeado con la aureola que la dió su virtud, para servir de magnífica enseñanza á quienes apoyados en su inocencia, esperan en Dios que la haga resaltar y confundir la calumnia.

No terminaremos este artículo, sin manifestar antes que si nos hemos detenido en la época de la Historia Sagrada, ha sido por el interés que hemos creído hallar en los sucesos en que la mujer ha intervenido tan poderosamente. En ellos hemos visto pintadas muchas veces las costumbres, que son siempre de grande enseñanza; se han podido observar los vicios y las virtudes mas culminantes de la época, y estudiar sobre todo uno de los periodos mas interesantes de la historia universal.

La superabundancia de hechos nos ha obligado á ser comunmente meros narradores, y á presentar algunos artículos con esa aridez que impone un límite; ese lecho de Procusto al que se suelen ajustar las palabras y aun las ideas.

A. PIRALA.

LITERATURA.

VANIDAD.

Una niña jardinera
tuvo celos de una rosa,
porque la pobre flor era,
por modesta y por hermosa,
reina de la primavera.

Hubo fiesta en el lugar,
y la envidiosa encontró
buena ocasion de vengar
ultrajes, que le llevó
su amor propio á imaginar.

¡Qué cruel la niña vana,
para adornar su cabeza
cortó la rosa lozana,
hija de que estaba ufana
la madre naturaleza!

Y la rosa era tan bella,
que, sin ser bella la niña
que se adornaba con ella,
diz que fué la tarde aquella
la reina de la campiña.

Escuchó por vez primera,
entre continuos loores
á su hermosura hechicera,
amores la jardinera,
que no entendia de amores.

Y luego cuando orgullosa
la niña al jardin volvia,
advirtió que no traia
en sus cabellos la rosa
á quien el triunfo debía.

No pudiendo adivinar
cómo la habria perdido,
paróse á reflexionar;
y el viento trajo á su oido
este sencillo cantar:

El vicio, que el mal desata,
con torpe solicitud
flores bellas arrebató
del jardin de la virtud.

Y la flor que el vicio toma,
una vez envilecida,
ni su color ni su aroma
vuelve á cobrar en la vida.

Jardinera, no olvides
que tú tambien eres flor!...
Guárdate de los ardides
del vicio fascinador!...

Y aprende que á la hermosura
dirige el vicio la huella,
porque el triunfo le asegura
la vanidad que hay en ella.

CARLOS FRONTEIRA.

LA SULTANA TULIPIA.

Orgullosa levanta la cabeza
y la vista arrebató
entre el vulgo de flores olorosas
el Tulipan, honor de los vergeles,

Pero ¡ah! que en mano avara le escasea
cruda Flora su incienso delicioso,
y solo así á la vista luce hermoso.

Melendez.

I.

Las ilusiones de Van-clipp.

Conduciendo un rico cargamento de frutos coloniales, azúcar, café, indigo y especias de todas clases, el buque de Mr. Van-clipp navegaba viento en popa.

Todo presagiaba un feliz viaje. Sentado en la proa el digno armador, fumaba tranquilamente en su pipa, pensando en lo poco que tardaría en contemplar de nuevo su casita de Harlem, tan linda, aunque tan pequeña; su jardín, tan artísticamente cultivado, y sobre todo sus queridos tulipanes.

Van-clipp habia derramado amargas lágrimas cuando se vió obligado á dejar sus flores predilectas, y pasar á Java, donde le llamaba la muerte de su hermano, de quien era único heredero. Terminada ya la liquidacion, regresaba á su patria con su hija, la incomparable Tulipia.

El padre habia querido que la mas bella de sus hijas llevase el nombre de la mas bella de las flores. Ella por su parte se habia encargado de justificarle cumplidamente, porque si su color delicado, su aire majestuoso, su perfecta hermosura causaban ad-

miracion, en cambio le faltaba esa viveza, esa ingenua coquetería, que es el mayor encanto de la juventud. El Tulipan no tiene perfume.

Mientras Van-clipp arrojaba al viento espirales de humo, repasaba en su mente todos los placeres que le esperaban en Holanda. En primer término colocaba el modo de embellecer su invernáculo y aumentar su coleccion de tulipanes. Oh! para esto no pensaba perdonar ningun sacrificio, debiendo completar el cariño que tenía á esta flor, ocupando sus ratos perdidos en continuar su historia, que comprendia desde la creacion del mundo hasta el dia presente.

El asunto prometia, y Van-clipp tenia escrita ya la primera parte, demostrando como el Tulipan toma todos los colores del prisma, desde los mas vivos hasta los menos perceptibles: cómo se obtienen unos con diversos matices, otros coronados, estos jaspeados, aquellos de mil rayas, recorriendo así todas las fases de esta flor.

Pasando despues á la historia, designaria las medidas tomadas por los Estados generales para prohibir en Holanda el comercio de los tulipanes.

Demostraria el favor que en aquella época habian alcanzado, los intereses que se habian invertido en cultivar esas flores, y la influencia que ejercia sobre todas las naciones, y sobre Turquía en particular, cuyos habitantes habian tenido el buen gusto de copiar en su turbante la forma de esta orgullosa flor.

Pensaba consagrar un artículo entero á describir las fiestas Tulipias, que se celebran todos los años en el serrallo del Gran Señor al aparecer la primavera. Toda la obra iria escrita en latin, como convenia á un libro de tal importancia.

Mientras su padre soñaba así en su felicidad futura, la bella Tulipia se dormia en su hamaca.

Van-clipp iba á encender la segunda pipa, cuando el estampido de un cañon suspendió su ademán, y una bala vino á dar en las troneras.

—Qué significa esto? preguntó Van-clipp.

—Significa, respondió el capitán, que somos atacados por un corsario berberisco.

—Es preciso defendernos.

—Con qué armas? con este antejo?

El buque era mercante y no podia oponer defensa.

Una segunda detonacion se dejó escuchar, y una segunda bala partió el mástil del navio.

El capitán dió orden de arriar bandera.

Una hora despues Van-clipp, su hija la bella Tulipia, su café, su azúcar y sus especias, estaban en poder del corsario. Un mes apenas habia trascurrido, cuando el digno holandés cultivaba el jardín de un viejo turco, que en vez de tulipanes, le hacia cui-

dar hortaliza: su bella hija habia sido reservada para el harém del sultan.

II.

El harém.

Cuando el sultan Shahabáan contempló por primera vez con una mirada de águila á la hermosa Tulipia, exclamó:

—Es una circasiana!

Y en el instante la nombró sultana favorita.

Ese puesto era brillante, pero reshaladizo, difícil de conservar con un príncipe tan caprichoso, tan fantástico como el sultan Shahabáan.

Así el favor de que gozaba Tulipia, que en un principio no tuvo límites, comenzó á decaer poco á poco. Shahabáan empezó por desdeñar su compañía, despues por preferir á ella los bichos de su casa de fieras, los peces de colores de sus estanques; al cabo de dos meses la cuestion palpitante del serrallo era la próxima elevacion de una actriz, al rango de sultana favorita.

Si Tulipia hubiera tenido tanta ambicion como belleza, fácilmente habria conservado su puesto; pero era indolente, y su imaginacion parada. No sabia ni cantar, ni bailar, ni hacer *calembourgs*, ni acertar geroglíficos, lo cual era un grave defecto para una inteligencia tan sutil como la de Shahabáan.

Las habitaciones de la sultana favorita caian á un magnífico jardín. Las persianas entreabiertas dejaban penetrar en la estancia las brisas embalsamadas que jugaban entre las flores. Tulipia, reclinada en su otomana, se lamentaba de su suerte en frases entrecortadas, al par que por sus mejillas rodaban algunas lágrimas.

—Por qué me ha cabido en suerte, decia, un dueño tan espiritual como Shahabáan? Soy bella, pero ¡ah! semejante al Tulipan, no poseo mas dones que mi hermosura. Yo habia escogido bien mi primera existencia de flor: quise animarme y me hice holandesa. La casualidad parecia favorecerme, haciéndome caer en manos de un corsario berberisco. ¿No tenia yo, en efecto, todas las cualidades de una odalisca? Ah! cómo me engañé! ¿Alguna de vosotras conoce á la rival que Shahabáan prefiere?

Esta pregunta se dirigió á un grupo de esclavas sentadas á sus piés en blandos almohadones.

Como nuestras lectoras habrán comprendido, aquellas mujeres eran otras tantas flores que habian fijado en el serrallo su residencia, unas como la Tuberosa y la Capuchina, por adaptarse aquella atmósfera á su natural ardiente, otras por indolencia, como la Hortensia y el Boton de Nieve.

—Has perdido tu puesto, querida Tulipia, res-

pondió la Capuchina; esta actriz que te reemplaza no es otra que nuestra hermana Rosa-pompon, de quien conoces la espiritual gentileza.

—Soy perdida! exclamó Tulipia dolorosamente. Con otro que Shahabáan no vacilaría en luchar con Rosa-pompon; con él es imposible.

III.

El sultan.

El sultan Shahabáan, que algunos años despues debia asombrar á los parisienses con sus enérgicas respuestas y la profundidad de su ingenio, estaba en esta época en su primera juventud. Tan buen administrador como hábil político, su máxima favorita era: Cúmplase mi voluntad y lo que viniere venga.

Despues del deseo de asegurar la felicidad de su pueblo, Shahabáan no tenia otro placer mayor que el de contemplar los círculos que formaban en el mar las chinitas que se divertia en arrojar desde los minaretes de su palacio. Habia heredado ese gusto de su abuelo Shahabáan I, llamado el Grande.

Un día le ocurrió esta reflexion: «Cuánto mas pesado sea un objeto, mayor será el círculo que formará á su caída en las aguas, y por consecuencia mas agradable será á la vista.» Buscó alguna cosa que poder destinar á aquel uso, é insensiblemente su mente se fijó en la sultana favorita.

—Esta Tulipia, dijo, es torpe como un ganso: si ó nó, hé aquí toda su conversacion: *Una mujer sin talento, es una flor sin perfume*; así lo dije en la última sesion del Consejo de Estado. Necesito otra sultana: Haré suponer á ésta apasionada de un jóven griego. Podré engañarme, pero me agrada creer que no me engaño, y esto basta.

Shahabáan llamó al jefe de su guardia, y le dijo algunas palabras al oido.

IV.

Un círculo en el mar.

Aquel mismo día hubo gran fiesta en el harém para celebrar el advenimiento de Rosa-pompon, la nueva sultana. Danzas, juegos de sortija, tiro de ballesta, rifas de dulces, sombras chinescas, nada en fin se escaseó para hacer la fiesta digna de quien la daba, y de quien era objeto de ella.

Antes de ponerse el sol, Shahabáan, seguido de toda la corte, subió á la torre mas alta del palacio. Cuatro esclavos le esperaban, sosteniendo un saco de cuero, dentro del cual parecia moverse una forma humana.

Los esclavos balancearon unos instantes su carga, y á una seña de su amo la arrojaron por encima de las almenas.

Shahabáan inclinó entonces su cabeza fuera de la plataforma, siguió con la vista el saco, le contempló al caer, y cuando las aguas se hubieron cerrado de nuevo, se retiró satisfecho exclamando:

—Magnífico círculo?

Aquel círculo le habia producido el cuerpo de la incomparable Tulipia al caer en el mar.

Durante algunos días fué objeto de las conversaciones el trágico fin de la pobre sultana: despues nadie habló de ella, nadie la lloró. La belleza sin talento, deja pocas impresiones en la memoria, y segun ha dicho una de nuestras glorias literarias:

Flor de un día es la hermosura
y el tiempo trás sí la lleva.

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

ATENAIS.

Leoncio, filósofo, ó mas bien sofista ateniense, tenia una hija llamada Atenais, tan bella y tan instruida, que su padre al morir creyó que no necesitaba mas bienes que su talento, y la desheredó en provecho de sus hermanos. Sin embargo, la ciencia y la belleza no podian ponerla al abrigo de la miseria, porque era demasiado jóven para que la permitieran abrir una escuela en Atenas, y los que hubieran podido aspirar á su mano, al verla sin dote, no pensaron en hacerla proposicion ninguna de matrimonio.

En la época de la muerte de su padre, acaecida en el año 420, Atenais contaba apenas catorce años, y creia que sus hermanos la dejarían continuar en la casa paterna y proseguir sus estudios: se engaño. La huérfana desheredada no obtuvo ni aun este pequeño favor, y sus hermanos la despidieron diciéndola: «Nuestro padre te ha dejado lo mejor que poseia, su talento.»

Indignada de este inicuo proceder, la jóven manifestó sus derechos y reclamó su parte de herencia. Viendo por último que no podia alcanzar justicia de los magistrados de Atenas, resolvió dirigirse á Constantinopla y elevar su queja hasta los oidos del mismo Emperador. Algunos amigos de su padre la auxiliaron con sus socorros, cuando se decidió á emprender

aquel largo viaje, y despues de haber vencido valerosamente todos los obstáculos que á su paso se ofrecieron, Atenais llegó á la capital del Imperio de Oriente, donde reinaba entonces Teodosio II, llamado el Joven. Era éste un príncipe muy humanitario, que habia hecho abrir asilos en sus estados para refugio de los persas cristianos que huían de la persecucion de Varano, y cuando este reclamaba sus súbditos fugitivos, Teodosio respondia á sus emisarios que para llevarse á aquellos virtuosos cristianos, era preciso que el mismo Rey viniese á arrancarlos de sus brazos.

Atenais pretendió desde luego presentarse al Emperador, pero pronto se vió obligada á renunciar á su proyecto, porque los cortesanos, celosos siempre de los favores imperiales, obstruían las avenidas del trono y se colocaban como una muralla insuperable entre el Príncipe y su pueblo. Otro obstáculo debia aun oponerse á que la jóven y bella ateniense pudiese ser favorablemente acogida por Teodosio: no era cristiana, y la severa piedad del Emperador no le permitia recibir en su palacio á la hija de un pagano.

Sola y sin proteccion en Constantinopla, Atenais habia atraído sobre sí algunas miradas por su estremada hermosura, y los que habian tenido ocasion de escucharla, hacian grandes elogios de su talento é instruccion poco comun. Este rumor se difundió por la corte, y aun llegó á oídos de Pulcheria, hermana del Emperador, quien manifestó deseos de conocer á aquella jóven maravillosa. Atenais, informada del deseo de la princesa, se situó á la entrada del templo adonde ésta venia á orar todos los dias: llegó efectivamente á la hora acostumbrada, y halló á la puerta de la sagrada casa á la bella ateniense rodeada de un grupo de gentes, que al aproximarse la princesa se separaron respetuosamente para abrirla paso.

Pulcheria se detuvo á la entrada contemplando á la jóven, y despues de admirar su belleza y noble porte, la hermana de Teodosio se decidió á interrogarla. La filósofa de catorce años, contestó con timidez á la princesa, pero demostró tal ingénio, tal agudeza en sus cortadas respuestas, que Pulcheria asombrada quiso que la jóven la tuviese por su amiga desde aquel punto, é instó á Atenais para que la acompañase al templo, lo cual ésta rehusó diciendo:

—Señora, yo no puedo orar con vos, no soy cristiana.

Pulcheria al oír estas palabras hizo un movimiento de terror y se alejó de la jóven, porque ella como su hermano tenían horror á los paganos. Atenais viendo el mal efecto que sus palabras habian producido, se apresuró á borrarle y reconquistar el afecto de la princesa, cuya proteccion tanto necesitaba, y deteniéndola añadió:

—No, señora, no soy cristiana, pero mi corazón ansía recibir el agua del bautismo. He leído los libros de vuestra sagrada religion y han iluminado mi mente, haciéndome detestar los errores de mi infancia. Por eso espero como un beneficio la regeneracion de mi alma. ¿Pero quién ha de querer encargarse de responder de mí ante el Dios que vos adorais? ¿Quién consentiria en ser mi madrina? Yo no conozco á nadie en este país!

Al decir esto, sus bellos ojos se volvieron tímidamente hácia la princesa, quien estrechándola en sus brazos exclamó:

—Hija mia, si es cierto que ha entrado la fé en vuestro corazón, y que vuestra alma desea alimentarse con el pan de la verdad, contad con mi proteccion: yo misma os guiaré para que salgais de las tinieblas que os rodean; yo seré vuestra madrina; yo os haré dejar ese nombre pagano que llevais y os llamareis como mi cristiana madre, Eudoxia.

Entonces las dos penetraron en el templo, y la jóven que algunos momentos antes se hallaba sin un amigo en medio de aquella populosa ciudad, se encontraba ya, gracias á su talento, protegida por el personaje mas poderoso de la corte, de Teodosio el Joven.

Colocada, merced á los cuidados de Pulcheria, al lado de una familia que practicaba la verdadera religion, la futura Eudoxia no tuvo que esperar mucho tiempo el anhelado día del bautismo. Abjurando las creencias de sus padres, se encaminaba sin saberlo á ocupar el trono imperial.

Todos los cortesanos habian pretendido asistir á la solemne funcion con que se celebraba la llegada de una nueva cristiana al puerto de la salud. El mismo Emperador quiso asistir en persona, y durante la ceremonia religiosa, no cesó de contemplar con muda admiracion á la ateniense de catorce años.

Algunos dias despues, Pulcheria presentó á su hermano á la hija de Leoncio, que reclamaba justicia. Teodosio dejó hablar á la jóven, porque todas sus palabras llegaban dulces á sus oídos, y cuando ella de rodillas ante el Emperador concluyó de hablar, éste la dijo:

—Por considerable que fuese la fortuna de vuestro padre, no puedo creer que la parte que os correspondia de herencia valiese tanto como una corona. No os considereis, pues, como huérfana, porque desde hoy teneis una familia; la mia. No os contempléis ya hermana de los ingratos que os arrojaron de vuestra casa; no sois ya Atenais, hija de Leoncio, sois Eudoxia, emperatriz de Oriente.

Interin hablaba el Emperador, Eudoxia se sentia desfallecer, no acertando á dar crédito á sus oídos, ni á creer que el cielo la reservaba para ocupar aquel elevado puesto. Pulcheria, viéndola vacilante, le di-

rigió las siguientes palabras para convencerla de que no era un sueño lo que la pasaba.

—Emperatriz de Oriente, levantaos y abrazad á vuestra hermana.

El día del matrimonio y coronacion de Eudoxia, se hallaban en Constantinopla dos hombres que no podian escuchar sin estremecerse el nombre de la nueva emperatriz. Esos hombres habian sido conducidos desde Atenas con una buena escolta, y se les retenia prisioneros en una de las salas del palacio, esperando que la esposa de Teodosio el Joven decidiese de su suerte. Como se ha podido comprender, eran los hermanos de la emperatriz Eudoxia, á quienes ella habia hecho traer á Constantinopla para que fuesen testigos de su triunfo: tenían que arrepentirse de una mala accion hácia su hermana, y su falta se les representaba enorme en tal momento.

Despues que la comitiva hubo atravesado la ciudad, y penetrado de nuevo en el palacio, entre entusiastas aclamaciones, la joven emperatriz rodeada de toda su corte, preguntó por sus hermanos, y ordenó que los condujesen á su presencia. Llegaron en efecto, trémulos como criminales conducidos ante sus jueces, y reconociéndose indignos de perdon, se precipitaron á los piés de Eudoxia sin tener valor ni aun para pedir compasion. La emperatriz se apresuró á tranquilizarlos, y por única venganza les repitió las palabras que Pulcheria le habia dirigido á ella misma.

—Levantaos y abrazad á vuestra hermana. (*Arreglado del francés.*)

JUANA DE OLIVARES.

TEATROS.

Desairada y pálida tiene que parecer necesariamente la crónica de teatros en un periódico semanal. Reseñando funciones ya conocidas y juzgadas por el público, viniendo en pds de críticas de diarios mas autorizados; si la suya se conforma á la de estos pasa por un plágio, y si disiente se pone en discordancia con la opinion mas generalizada. La situacion de nuestro periódico tiene ademas la desventaja de que sus cortos límites no permiten artículos extensos y razonados, que por el mérito de sus juicios disculpen su tardanza en aparecer.

Por eso hasta ahora nos hemos limitado á hacer una reseña mas bien que una revista de las funciones teatrales. Juzgando estas, mas bien como público que como inteligentes, hemos creído llenar así nuestra mision mas á gusto de nuestras lectoras, que bus-

can en estos artículos la parte de recreo antes que la de erudicion.

Sin separarnos de esta senda, en lo general, daremos alguna vez artículos especiales, escritos por personas mas competentes, de las piezas dramáticas que lo merezcan, y por cierto que el año cómico promete ser abundante, segun las muchas que se anuncian para todos los coliseos.

Sin hacer especial mencion de algunas que sabemos tienen escritas autores conocidos, debemos una escepcion, por ser señora, y colaboradora nuestra, su autora, al drama titulado *El paje de la Reina*, original de doña Maria del Pilar Sinués de Marco, que se pondrá en escena en el teatro de *Lope de Vega*. Y ya que de señoras hablamos, mucho celebrariamos ver representada en los teatros de la corte á *Fanny la Escocesa*, de la señorita doña Rogelia Leon, que con tanto aplauso se estrenó el año pasado en Granada.

El domingo abrió sus puertas el *Príncipe* con el aplaudido drama del señor Rubí, *Isabel la Católica*. La concurrencia recibió con aplauso á la primera actriz doña Josefa Palma, que tantas simpatías ha sabido conquistarse en el público madrileño.

El señor Valero, sosteniendo en *Novedades* su bien merecida reputacion, está ensayando la comedia *Moedades*, de uno de nuestros primeros escritores, que seguirá á *Luis XI* y *Jorje el Armador*: la venida de la señora Ristori, ha despertado entre nuestros autores la aficion al género trágico. El señor Fernandez Gonzalez, segun hemos oído decir, destina á este teatro una tragedia titulada *Neron*.

En el *Circo* recoge la trinidad artística gran cosecha de aplausos en la *Escala de la vida*, que comparte con tan distinguidos actores la señorita Gutierrez en su natural y bien interpretado papel de niña mimada.

En el *Teatro Real* se preparan mejoras de consideracion para comodidad de los concurrentes. Efectivamente; se echaban de menos las estufas y buen alfombrado que tan cómodo hacian el paseo en el pasillo de los palcos de platea, durante los entreactos, en la temporada de su estreno. Mucho confiamos tambien en los conocimientos del digno director de escena don Antonio Montenegro, para la propiedad y aparato escénico en los términos que reclama el primer coliseo de la Capital de España, y la escogida compañía que va á funcionar en él, en la que figuran nombres como el de la señora Medori, que á pesar de no ser italiana, la han proclamado en aquel bello país tan grande actriz como cantante.

De propósito hemos dejado para lo último el ocuparnos del teatro de la *Zarzuela*.

Qué podemos decir de la gran trágica, cuya reputacion artística la ha precedido á su venida á España. Verdadera *Medea* por su fisonomía griega, por la

nobleza y energía de su porte, por la propiedad de su traje, es la mas genuina representación de las emociones de la mujer y de la madre. Con qué digna altivez hace ondear sus rizados cabellos negros, enlazados con la cinta de púrpura! Con qué energía estrecha á sus hijos y se los lleva entre sus brazos! Su triunfo en *Mirra* es admirable, y nos recuerda la corona de hojas de encina con bellotitas de oro que las parisienses arrojaron á sus piés, y despues adoptaron por moda: las españolas mas naturales y expresivas se las ofrecen á manos llenas de las flores de sus jardines. En *Rosmunda* el admirable talento de actriz hace olvidar lo bárbaro de la accion, y hasta los defectos del autor.

En los acentos apasionados, en las nobles actitudes de la grande artista, el poeta siente inspiraciones, el pintor y el escultor modelos, con cuya ejecucion sueña.

Los poetas españoles no podian dejar de cantar al génio de la tragedia. Un conocido escritor ha traducido en versos castellanos los excelentes de Mr. Lamartine: el señor Martinez de la Rosa le ha dedicado los suyos en el idioma del Dante y el de Cervantes, y nuestro apreciable amigo y colaborador el señor don Antonio Arnao, ha improvisado una bella poesia en italiano, digna del autor de *Himnos y Quejas*, cuya version castellana daríamos á nuestras lectoras si los límites de este artículo lo permitiesen.

I. HERNANDEZ.

MODAS.

El verano se despide con un sol esplendente, templado por las suaves brisas precursoras del Otoño.

Como traje á propósito para la estacion, recomendamos uno de barés ó granadina negra, guarnecido de bieses de grós verde. El cuerpo es liso y cerrado con botones de seda hasta arriba: el talle redondo con cinturon de cinta verde de cabos flotantes: debajo de este cuerpo se lleva otro de tafetan negro, escotado y con manga corta: la del vestido se compone de otras tres acampanadas, guarnecidas de un biés de grós, lo mismo que los cinco volantes de la falda.

Otro vestido, tambien de Otoño, es de glassé azul, guarnecido de tiras de terciopelo turquí. La falda es completamente lisa: el cuerpo es de chaqueta, con aldeta regularmente larga, cerrado en el pecho con dos órdenes de botones de seda. Una tira

de terciopelo puesta al biés y cosida solo por el lado superior forma la berta hasta la cintura, desde donde cosida por los dos lados se continúa por la aldeta, y guarneciendo el bajo. La manga, un poco ajustada, es recta y termina con un biés del mismo grós, que forma vuelta, cerrada al lado con botones de seda.

Como regalo de feria para una niña de ocho á diez años indicaremos un traje de grós, color de rosa, de falda lisa, hueca y bastante corta, guarnecido su bajo de un terciopelo negro: el cuerpo es escotado. Sobre este se pone otro de muselina, bordada á bodoquitos, alto, fruncido en el talle y en los hombros. La manga es corta y hueca, terminada con un terciopelo con lazo. Unos tirantes dobles adornan el cuerpo, sujetos en el talle con su cinturon, y cayendo sus cuatro cabos por delante, y otros tantos por detrás.

Como las noches van ya siendo largas, recomendamos á la aplicacion de nuestras amables suscriptoras la siguiente

Esplicacion del pliego de Dibujos.

- Núm. 4. *Esquina de pañuelo*: bordado de aplicacion.
- Núm. 2. *Cofia* para casa: bordado á feston y pasado.
- Núm. 3. *Cuello*: bordado al pasado y nuditos.
- Núm. 4. *Puño*: correspondiente al cuello anterior.
- Núm. 5. *Esquina de pañuelo*: bordado á plumetis.
- Núm. 6. *Guirnalda* para pechera de camisa de hombre: bordado á realce.
- Núm. 7. *Flor* para ojales: correspondiente á la misma.
- Núm. 8. *Escudo* con iniciales: bordado á realce.
- Núm. 9. *María*: bordado á plumetis.

AURORA PEREZ MIRON.



EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.

MADRID: 4837.—Imp. de Miguel Campo-Redondo.—Huertas, 42.